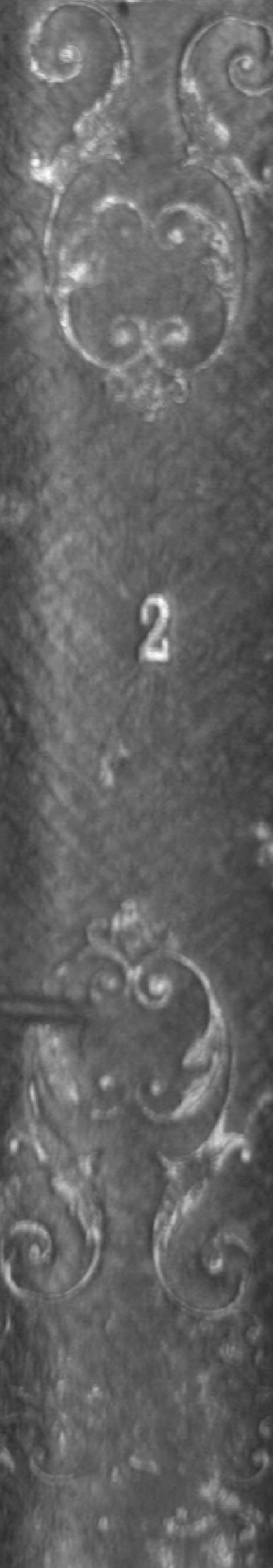




LOS  
MISERABLES  
DE ESPAÑA

---



2



650

Je Coll

No. plure, 27

F2116  
75E(2vol)

Almud Serra

1000

A - 2045/2

**LOS MISERABLES DE ESPAÑA**

**SECRETOS DE LA CORTE.**

R  

---

118102

Catálogo n.º 55

LOS  
MISERABLES DE ESPAÑA

6

SECRETOS DE LA CORTE.

NOVELA DE COSTUMBRES.

ORIGINAL DE LA SRA. D.<sup>A</sup> FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.

LIBRENAS DE MIGUEL GUIJARRO, Preciados, n. 3. — LEOCADIO LOPEZ, Cármen, n. 29. — CUESTA, calle de Carretas. — Y en la Administracion, postigo de San Martín, n. 9, 3.<sup>o</sup> derecha.

1752.2

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF NATURAL HISTORY  
OF THE  
CITY OF BARCELONA

ES PROPIEDAD.



BARCELONA.

Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, núm. 20.

1863.

# LOS MISERABLES DE ESPAÑA

## SECRETOS DE LA CORTE.

### TERCERA PARTE.

#### CAPITULO I.

##### Amor y celos.



**L**a colonia de Santa Clara estaba de fiesta; era el día de la inauguración; casi todas las familias que tenían tomadas habitaciones se instalaron en ellas desde muy temprano: las casas de caridad habían abierto sus puertas recibiendo infinidad de pobres, huérfanos y enfermos.

En el palacio de la condesa Blanca, brillaba una animación inusitada; multitud de operarios, doncellas y lacayos pululaban de uno á otro lado, encargado cada cual de su respectiva comisión. Los jardineros preparaban en el jardín las macetas, los ramos y los bellísimos adornos que artísticamente debían figurar por la noche en los espléndidos salones.

Los cocineros y reposteros desempeñaban su cometido con un material abundantísimo y digno de un rey.

Al mismo tiempo que este cuadro de actividad, notábanse otros

días antes había visto tan degradada, tan indigna; la que por no descubrir la humildad de sus padres, prefirió desconocerlos, negarlos, sin que por tan villana acción sufriese el más mínimo remordimiento.

Su dolor no tuvo límites al perder la dulce ilusión que por tanto tiempo halagó su mente.

Su padre le dijo:

—No te acuerdes de que tienes madre; porque ella misma no quiere reconocerte ni revelarte su existencia; ya has visto su carta, en que me lo suplica así; cuya orden hubiera cumplido á no mediar esos amores con tu misma hermana, que era preciso destruir.

—Gracias, padre mio; nunca la humillará mi presencia, dijo entonces el desgraciado, sintiendo un agudo dolor en el corazón.

Desde aquel día estuvo triste; vió á Tránsito, supo que ella también estaba enterada por sus abuelos de tan fatal secreto, y sin esfuerzo ninguno, sin el más leve sentimiento, vieron romperse la cadena que debía unirlos como esposos, y quedaron hermanos.

La conversación continuó sobre este terreno hablando de un acontecimiento que á todos causó tan viva sorpresa.

Al despedirse, el conde preguntó á Tránsito:

—¿Nos veremos esta noche en el baile? porque supongo no faltará V., amándola tanto la condesa.

—Puede ser que vaya.....

—¿Luego no es seguro?....

—No, señor; tengo primero que saber si irán unas amigas, en cuyo caso me animaré.

—¿Acaso Renata?

—Justamente; ella y su hermana.

—Yo se lo preguntaré; voy en este momento á verlas.

—Mil gracias, amigo mio. Adios, hermano; ¿tú también las verás? preguntó despidiéndolos cariñosamente.

—Sí; ¿quieres algo?

—Únicamente que las haga presente mis recuerdos.

—Está bien; adios; hasta la noche.



*Tit. Labiale. 2. Monesate. 3.*

La pobre idiota, contemplaba las niñas con amor.



Entretanto Rosa-Pálida y las encantadoras gemelas estaban en el jardín de la Casa de Curacion.

Una brisa leve y embalsamada mecia las altas copas de los árboles. El día estaba magnífico, espléndido; un sol de Setiembre brillaba en la azul esfera, contribuyendo con su alegría á la general animacion de los habitantes de la colonia.

El doctor Alonso contemplaba desde su ventana el bellissimo grupo que formaban Rosa-Pálida y las dos gemelas. Hallábanse cerca del pabellon que Zoa habia tan poéticamente titulado un *nido de amores*.

Cobijadas bajo un frondoso árbol que las envolvía con su sombra, estaban sentadas en unas banquetitas bajas, á los piés de Rosa-Pálida, que se entretenía en acariciar sus hermosas cabelleras, que caían en bucles sobre sus hombros.

Los hechiceros rostros de las dos niñas estaban radiantes de felicidad; conceptuábanse felices, y solo sentían la ausencia de su querido hermano.

La pobre idiota las contemplaba con amor, y sonreía al verlas felices, gozando una ventura infinita con las tiernas caricias que ellas la prodigaban, movidas acaso por el instinto ó por el impulso de una compasion infinita.

—¡Cuántos días hace que no hemos visto á Senen! dijo Zoa.

—Sí; por cierto que el otro día nos ofreció venir hoy á vernos, exclamó Renata.

—Entonces, no falta; es muy exacto.

—Y la señora de Mendoza también debe venir.

—¡Mi buena tia!.... tendré un placer en verla; si vieras cuánto la quiero, Renata mía.

—Es claro: como te ha criado; desempeñando para vosotros el papel de una madre tiernísima.

—¿Y cómo habíamos de figurarnos que nos recogió por caridad? ¡ay! cada vez que me acuerdo de nuestra misteriosa historia, me dá mucho que pensar. ¡Ese indigno fraile!.... ¡usurpamos la herencia de nuestros padres!.... ¿No es verdad que ha sido una

infamia, querida Rosa-Pálida? exclamó la jóven levantando los ojos hácia la pobre idiota.

Ésta manifestó con su espresiva mímica, que no comprendía el asunto á que se referían.

—Yo te lo explicaré, dijo Zoa.

—Escucha, repuso Renata interrumpiéndola: un carruaje se ha detenido á la puerta: será Senen, y la tia.

Efectivamente: momentos despues aparecieron á la entrada del jardin la graciosa Guillermina apoyada en el brazo del jóven.

Las dos niñas corrieron á su encuentro.

—¡Ah! ¡cuánto nos alegramos de ver á V.! dijeron abrazándola cariñosamente.

—¡Hijas mias!.... ¿qué haceis?.... ¡os hallo muy satisfechas!...

—¡Ah! sí, somos felices; únicamente sentimos la ausencia de V. y de Senen, dijo Zoa.

—¡Todo no puede conciliarse en el mundo!.... ¡vamos, vamos al nido de amores!.... exclamó Guillermina aludiendo al pabellon.

—Vamos pues, y la enseñaremos los trages para esta noche.

—¿Los ha traído ya la modista? ¿y están bien?

—¡Perfectamente!.... ¡son deliciosos!....

—Y V. ¿de qué irá vestida? preguntó Zoa.

—De española antigua..... como el retrato de mi visabuela, que has visto en casa.

—¿Con aquel trage azul..... y la enorme gola?

—Exactamente; á la modista le ha servido de modelo.

En esto habia llegado al pabellon.

Rosa-Pálida, sin moverse de su sitio, las miraba acercarse; Senen se adelantó y fué familiarmente á darla un abrazo. Ella le dejó, y hasta se atrevió á estampar sus pálidos labios en la despejada frente del mancebo.

—Yo no sé por qué te quiero tanto, Rosa-Pálida.

—Y yo á tí, quiso decir la infeliz, arqueando las cejas y con un espresivo movimiento de cabeza.

—Vaya: venga otro abrazo, y adios; quiero contemplar los trages de mis hermanas.

Rosa-Pálida esta vez le abrazó casi llorando de ternura.

—Me siento feliz al lado de esta muger, dijo el jóven alejándose; y al abrazarla, me parece que abrazo á mi madre.

Ella no le perdió de vista hasta que entró en el pabellon, donde ya estaba Guillermina con las niñas.

Luego se puso la mano en la frente como reflexionando; en su mente debian bullir recuerdos lejanos, estrañas ideas que no podia conciliar.

Habia perdido la facultad de hablar; pero indudablemente repetia con el pensamiento estas ó parecidas palabras:

—¡Yo reconozco esta fisonomía!.... ¿dónde la habré yo visto?... ¿dónde?....

El doctor negro desde su ventana observaba todos sus movimientos; se propuso curarla, comprendiendo que aquella curacion debía darle mucho nombre, granjeándole además la estimacion de Blanca, cuya alma generosa y elevada apreciaba tanto las grandes acciones como los prodigios de la ciencia.

—¡Ah! ¡creo conseguir mi propósito! exclamó el doctor saliendo al jardin; todos sus instintos estaban adormecidos; ya van despertando, y solo la falta recobrar el habla y la inteligencia.

Al dirigirse hácia ella, se encontró con el conde y con Ildemaro, que entraban.

—Adios, señores; ¡muy bien venidos!.... exclamó el doctor.

—¿Como vá, amigo mio? le dijo el conde.

—¡Querido doctor! repuso el jóven estrechando afectuosamente la mano que el doctor le alargaba.

—¡Aquí está! dijo á media voz el doctor al conde.

—¿Quién? preguntó éste con sorpresa tendiendo una mirada en su derredor.

—¡Ella!.... ¡Guillermina!.... acaba de entrar en el pabellon.

Estas palabras dichas en voz baja y con cierto tono misterioso, hicieron comprender á Ildemaro que su padre ocultaba alguna cosa en el fondo de su alma.

El conde se habia quedado pensativo; al cabo de un rato dijo:

—No sé qué hacer..... si irme, ó quedarme; ella, de algun tiempo á esta parte, me aborrece, evita mi presencia.....!

—Haced lo que gustéis.

—Si mi venida ha de ofenderla, quisiera retirarme.....

—Ya es tarde; Zoa ha visto á V. desde la ventana.

—No tiene remedio; acaso creerá que la sigo, y se engaña, porque sus deseos son órdenes para mí.

Zoa salió corriendo del pabellon, y con muestras de la mas viva alegría se dirigió hácia el conde.

—¿Usted por aquí? le dijo sin poder disimular su contento.

—Sí, querida; vengo á verte; únicamente tú me traes á este sitio: ¿no me agradeces la visita?

Guillermína desde la ventana escuchó estas palabras, que la hicieron palidecer. Se dejó caer sin fuerzas sobre una silla; pero fué un abatimiento momentáneo; el amor propio, hablando muy alto en aquella orgullosa naturaleza, la hizo levantarse, exclamando:

—¡Desprecio contra desprecio!.... yo le haré comprender que no siento su desden, ni me ofenden las lisonjas que dirige á otra.

Sin pararse á reflexionar, salió al jardín.

—¡Señora, á los piés de V.! dijo el conde dirigiéndose hácia ella trémulo de emociion y con los ojos bajos.

La altiva mirada de Guillermína se fijó en él un instante, y respondió con estudiada frialdad:

—Señor conde, beso á V. la mano; luego, apartando la vista, fué á tomar el brazo del doctor.

—Acompañeme V., amigo mio; deseo visitar su establecimiento, le dijo saludando al conde y á su hijo con una inclinacion de cabeza.

El desaire de Guillermína era tan vivo, tan marcado, que el conde, sin contestar siquiera á su saludo, tuvo que apoyarse en el brazo de su hijo.

—Se ha puesto V. pálido; ¿qué es esto?

—¡Sostenme, hijo mio!.... ¡sostenme! exclamó: me siento desfallecer. Esa muger me asesina, murmuró al oido de Ildemaro.

—¡Ánimo, padre mio! no acobardarse nunca: desden con desden se paga.

El conde se apoyaba en el hombro de su hijo; Guillermina se alejaba con el doctor á lo largo de una calle de rosales; y las dos niñas con Senen se quedaron parados sin saber qué juzgar de lo que veían.

Ni se atrevieron á seguir á Guillermina ni á quedarse con el conde; mas cuando vieron á éste próximo á desfallecer, acercáronse inmediatamente.

—¿Se ha puesto V. malo? exclamó con visible interés Zoa.

—¡Por favor! ¡un poco de agua! dijo con angustia Ildemaro viendo que, léjos de aliviarse, iba perdiendo el conocimiento.

—¡Agua!.... ¡por Dios! ¡agua!.... gritó la pobre jóven corriendo ella misma á tomarla de la fuente mas cercana.

El conde sentia un dolor agudo en el corazon, que poco á poco le hacia perder el sentido, cortándole la respiracion.

Senen, al verle caer en tierra, corrió á llamar al doctor, que acudió precipitadamente.

Entre todos le subieron al pabellon, acostándole sobre una cama; estaba frio, pero una frialdad glacial; una lívida palidez se extendió por sus facciones; y con su mano derecha se oprimia el corazon como indicando la causa de su inmenso dolor.

Guillermina, arrepentida de su accion y sin saber lo que habia pasado, siguió al doctor. Entró tras él en el pabellon y se quedó aterrada al contemplar el cadavérico semblante del conde.

De pié, rígida, sin movimiento, se quedó á la entrada.

Ildemaro se acercó á ella, y centelleando de indignacion sus hermosos ojos, la dijo señalándole al enfermo:

—¡Le ha asesinado V.!.... ¡gócese en su obra!...

—¡Dios mio!.... exclamó cayendo desmayada en los brazos de las niñas, que acudieron á socorrerla.

El doctor, acudiendo á uno y otro, consiguió volverlos á la vida, adquiriendo la conviccion de que se amaban, y que su amor era su muerte.

## CAPITULO II.



Continúa el anterior.



FUE rápida, instantánea la escena que hemos descrito en la última parte del capítulo anterior; aconteció en brevísimos instantes, sin que ninguno de los que la presenciaron pudiera darse cuenta de ella ni comprender su doloroso significado.

En el alma del conde y en la de Guillermina se agitaba tiempo hacía una tempestad sorda, un combate cruel de amor y celos que necesariamente debía estallar al mas pequeño choque. Con efecto estalló; pero ¡de qué modo!...

Resentido el conde desde que recibió el golpe en el pecho al querer salvar á Renata, sintió decaer su salud; varias veces un agudo dolor en el corazon le habia hecho perder el sentido; y aunque conoció que sus fuerzas se debilitaban poco á poco, no hizo caso.

Graves acontecimientos le llamaban al mundo; el amor á su hijo y el amor á Guillermina hicieronle despreciar el descanso absoluto que le prescribia el médico para conseguir su curacion.

¡Ay! ¿cómo se encerraba en su aposento?... ¡allí solo, aislado, sin tener el consuelo de mirar la esbelta figura de su amada dibujarse en los balcones ó en la azotea de la quinta!... Ella, sin comprender el delirante amor que el conde la consagraba, huyó de allí, trasladándose á Madrid, donde se negó á recibirle.

Entonces, desesperado, medio loco de amor y de celos, la siguió por todas partes, no con ánimo de hablarla, sino por consolar la ardiente sed de su alma con verla de léjos, saciándose en la contemplacion de su belleza.

Ambos estaban en un error; el conde creia que si Guillermina le desdeñaba, era porque amaba á Senen, y ella imaginábase en el pobre conde el rendido amante de Zoa, cuando el sentimiento que hácia esta niña le inclinaba, era puramente paternal.

Vióle en la Casa de Curacion, donde Zoa habitaba; escuchó las lisonjeras palabras que la dirigió, y arrebatándose con el fuego sombrío de sus celos, vió una ofensa en su accion y un desprecio profundo, cuando solo era una prueba de amor. En esta conviccion obró guiada por su altivez, por su amor propio, sin prever las consecuencias de su modo de proceder, que era un rompimiento completo; pues ya con aquella pública ofensa el conde no debía volverla á ver, ni como amigo, ni como amante.

Esta fué la causa de su dolor, de la penosísima impresion que sufrió, y que unida á su delicada salud, al resentimiento que ya venia padeciendo, debía serle tan fatal.

Cuando Guillermina le vió en el lecho, sin sentido, pálido, cadavérico, quedó aterrada y conoció su imprudencia por las palabras que Ildemaro la dirigió, demasiado bruscas quizá; pero el noble jóven se dejó llevar de la indignacion que sentia al ver á su padre casi moribundo.

—Senen, llévate de aquí á las niñas, gritó el doctor apenas vió caer á Guillermina.

Ellas se resistieron llorando.

—No quisiéramos abandonarla, cuando sufre...., decian.

—¡Es preciso!.... ¡alejaos, hijas mias!.... alejaos.... Senen, llévatelas.

El jóven obedeció con pena.

Ildemaro sostenía la cabeza de su padre, que empezaba á volver en sí; el doctor acudió á Guillermina, prodigándola sus auxilios y consiguiendo al cabo de un rato que recobrase el conocimiento.

—¡Cuánto le ama! gritó el doctor para sus adentros.

Era un triste cuadro el que ofrecían aquellos cuatro personajes, ligados todos entre sí por vínculos tan santos como indisolubles.

La habitación reducida en que se hallaban, y el sitio que por casualidad ocupaba cada uno, hacía que, apenas abriesen los ojos, se viesén, oyendo respectivamente las palabras que pronunciasen al volver en su acuerdo.

Conociendo el doctor que entre ellos debía, á no dudar, mediar una esplicacion, hizo salir á las niñas y á Senen; puesto que éste y Zoa eran la causa de sus mútuos celos, la que no pudo ocultarse á la constante observacion y á la penetracion profunda del doctor.

Cuando abrió los ojos el conde, se halló en brazos de Ildemaro; su primer movimiento fué oprimirse el pecho con la mano, manifestando así, que sufría mucho; pero en medio de su dolor, su único, su esclusivo pensamiento fué Guillermina.

—¿Dónde está?... ¿se fué?... ¡Ah! ¡me desprecia!.... exclamó medio ahogado por la congoja y sin poder casi respirar.

—¡Calle V. por Dios, padre mio!.... y olvide á esa muger que no merece su amor.

—¡No sabe cuánto la quiero!....

Guillermina se estremeció de piés á cabeza; aquellas palabras penetraron hasta el fondo de su corazon.

—Olvídela V., padre mio; ella no le ama....

—Ya lo sé: bien claro me lo ha manifestado; pero su desden es mi muerte, dijo el conde sin dejar de oprimirse el pecho con las manos.

—¿Escucha V., doctor? ¡dice que no le amo! gritó la jóven incorporándose en el divan y dirigiendo sus manos, enlazadas en ademán de súplica, hácia la alcoba.

—No se mueva V., señora; ¡silencio! exclamó el doctor dete-